

Bifurcaciones desde Saussure. El camino hacia Lacan a la luz de una crítica estructural con Hjelmslev, Guattari y Deleuze

by SERGIO RAGONESE*

Abstract

This text will work on two paths derived from the proposals of Ferdinand de Saussure, who gave the initial boost for the later French structuralism in the mid-20th century: these parallel pathways lead one to Roman Jakobson and from there to Jacques Lacan, and the other to Louis Hjelmslev, Félix Guattari, and Gilles Deleuze. The first path proposed its objects of study oscillating between a methodological approach (Levi-Strauss) and an ontological one (Lacan), both implying a universalist conception of structures. This path is that of dominant, central, or standard structuralism (Maniglier, 2006), since the history of structuralism also includes a whole series of peripheral or satellital variants that surrounded those three authors in the mid-20th century. The second path consisted of a profound epistemic and ontologically aware refounding regarding what constitutes a scientific study and on what basis it should be established with greater rigor. The counterproposal was carried out by Louis Hjelmslev, a Danish linguist who particularly influenced Félix Guattari and, later, Gilles Deleuze. We are interested in showing a special emphasis on certain twists and epistemological and ontological slips that are found especially in the work of Jacques Lacan, from the perspective of the second path mentioned. Beyond that, we will show how structuralism surpasses itself and how Saussure surpasses himself in his various readers and successors. Towards the end, we invite a questioning (alongside Patrice Maniglier and Carlos Segovia) to the notion of post-structuralism.

Keywords

Structuralism, Phonologic Method, Ontology, Methodology, Language.

* Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires. Email address: sergioragonese@gmail.com

¿Uno solo o varios Saussure?

(...) tendrán la sorpresa de comprobar que Freud, al enunciar estas leyes en detalle, no hizo sino formular de antemano las que Ferdinand de Saussure sólo habría de sacar a luz algunos años más tarde, abriendo el surco de la lingüística moderna.

Lacan (2009: 419)

Ferdinand de Saussure, considerado el “padre” de la semiología moderna, mediante su famoso *Curso de Lingüística General* (impartido entre 1906 y 1911) dio el puntapié inicial no solo para tal estudio de los signos sino para ese movimiento denominado *estructuralismo francés*, pasada la segunda mitad del Siglo XX. Esto pese a que él no utilizó la expresión *estructura* sino la de *sistema*. La expresión “estructuralismo” es posterior y fue acuñada o, al menos, popularizada por Roman Jakobson quien, viniendo del formalismo ruso y el Círculo Lingüístico de Moscú (desde el año 1915), encontró en Saussure un conjunto de indicaciones que le permitieron a él y Nikolái Trubetzkoy refundar epistemológicamente los estudios lingüísticos mediante la fonología estructural hacia los años 1926-1928. No es sólo por adjuntar al nombre de Saussure el de un movimiento (estructuralismo) que la lectura jakobsoniana de la propuesta de este lingüista será determinante para la recepción francesa. Es evidente que esta operación ha introducido matices y sesgos, de los cuales ciertos estructuralistas no franceses pudieron mantenerse a distancia (conceptual y epistemológica).

El surco que Jakobson marca en la lingüística estructural especialmente mediante el método fonológico que él y Trubetzkoy pusieron a punto es, creemos, quizás el más determinante para autores como Claude Lévi-Strauss y Jacques Lacan. Implicó considerar la materialidad de la expresión significativa como lo que se organiza como estructura (sistema estructural). Ni siquiera toda materialidad (que podría ser también la de lo escrito), por cuanto se atendió a la de tipo sonoro y lo hablado. En la fonología estructural, entonces se aplicaron criterios y conceptos saussureanos bajo el entendimiento de que esa materialidad es la que se organiza como *sistema* o *estructura* en cada idioma o lengua natural y verbal. Esto contaba con la ventaja de arrojar un objeto de estudio positivo (la materialidad de la sustancia sonora) ahí donde otras corrientes lingüísticas procedían especulando sobre el significado y lo mental; a su vez, permitía deslindar esos hechos positivos como pertenecientes a su propio orden de legalidad: no se trata de los objetos de estudio positivos con los que tratan las ciencias naturales, sino que se sitúan en la frontera (discusión) entre ciencias sociales y humanas.

Pero los aportes de Jakobson no se detienen ahí. Hacia la década de 1940 él producirá

investigaciones sobre las afasias en relación a la metáfora y metonimia (Jakobson 1980) y esto interesará especialmente al psicoanalista Jacques Lacan¹, quien argumentará que dichas figuras de la retórica se corresponden con lo que Sigmund Freud denominaba condensación y desplazamiento, mecanismos del inconsciente en su llamado proceso primario, y que se observa en sueños o presentaciones clínicas psicopatológicas.

(...) los mecanismos descritos por Freud para el proceso primario (...) recubren exactamente las funciones que esa escuela [el formalismo ruso, entre quienes encontramos a Roman Jakobson] considera para determinar las vertientes más radicales de los efectos del lenguaje, concretamente la metáfora y la metonimia, dicho de otra manera, los efectos de sustitución y de combinación del significante (...). (Lacan 2009: 761; el paréntesis es nuestro)

El énfasis de Lacan será mostrar esa correspondencia entre habla, escritura, y mecanismos del inconsciente, argumentando que este (el inconsciente) está estructurado en isomorfía, del mismo modo, que un lenguaje. De aquí sus conocidas fórmulas sobre las que volveremos. Pero retomemos.

El método estructural en fonología será considerado el nuevo modelo científicamente “exitoso”. Este contaba con, al menos, dos tipos de cualidades que le destacaron. Por un lado, implicó no guiarse por esos criterios de las ciencias empíricas o naturales, pero arrojar, asimismo, un objeto de estudio discreto (claramente recortado) y positivo. Por otro, hacia el fin de la segunda guerra mundial y la ocupación de la Alemania nazi en Francia, se dio un distanciamiento masivo respecto de las ideas sobre el Ser y la libertad que propugnaban las ciencias humanas, el humanismo de Jean Paul Sartre, y que estaba en continuidad con el ideario de la Revolución Francesa. El historiador François Dosse (2004) plantea que se comenzaba a percibir un desacople muy grande entre aquellos discursos y la realidad social de una Francia sometida a gobiernos externos y autoritarios. Ninguna libertad, igualdad y fraternidad podían ayudar a entender lo que se estaba viviendo o dejando de vivir. Pero volvamos al punto anterior.

Si tomamos como referencia las semánticas pre-estructuralistas (que dominaban a la gramática clásica) se puede decir que este método fonológico es su opuesto extremo. Aquellas estudiaban de modo a-sistemático o ingenuo lo que Louis Trolle Hjelmslev denomina el campo del Contenido, abarcando tanto los conceptos, ideas y significados asociados a los significantes como la relación de referencia a objetos no-lingüísticos. El nuevo método fonológico y estructural se centró en su opuesto: la Expresión significativa entendida como una materialidad sonora y perteneciente a un sistema estructural y cohe-

¹ Más tarde aún, hacia la década de 1950 e influido por la teoría cibernética de la información de Shannon y Weaver (un modelo esencialmente matemático), Jakobson establecerá un esquema de la comunicación humana que incluye conceptos de la lingüística. Inmediatamente luego de ser publicado, este será la base de los grafos lacanianos que se despliegan entre sus enseñanzas de los años 1954-1956, que buscaba formalizar la relación entre mensaje, código, enunciado, enunciación, deseo, pulsión, ideal del yo, etc.

rente. Enfocarse en este orden de materialidad (que Hjelmslev denominaba Sustancia de Expresión) ha servido de estandarte para diferenciarse de aquellas doctrinas semánticas previas; estas, fácilmente se perdían en disquisiciones metafísicas y evaluaciones plagadas de interpretaciones subjetivas de parte de los lingüistas, lo que hacía difícil que tole- ren la prueba de un método científico. En otras ocasiones, se hacían interpretaciones ba- sadas en “el alma de los pueblos”, de modo que la lingüística devenía en sociología espe- culativa y en dedicarse a objetos de estudio externos al lenguaje. Esto último es lo que Hjelmslev y todo otro conjunto de pensadores de mediados del siglo XX denuncian y de- nominan *lingüística trascendente*: esa que toma el lenguaje como un medio para estudiar algo más (sociedad, cultura, fisiología del habla, física del sonido, motricidad fina en la escritura, simbolismo, idiosincrasias populares, psicologías de autor, etc.). Ya veremos que, en su lugar, todos los estructuralismos invocarán un estudio *inmanente*, pero no to- dos entenderán por esto la misma cosa.

Es importante señalar que aquel foco en el estudio de una sustancia material como el sonido habría sido una reacción antipositivista y anti-idealista a la vez. Décadas antes y fuera de Francia, el empirismo conductista en sus variantes psicológicas y lingüísticas (el distribucionalismo de Bloomfield y la Escuela de Chicago, por ejemplo), así como el posi- tivismo lógico habían discutido ya contra los mismos enemigos, especialmente el menta- lismo y aquellas gramáticas clásicas basadas en una semántica referencial e ingenua, aunque cada uno desde sus flancos respectivos.

Este modelo fonológico se extenderá rápidamente a otras ciencias sociales y humanas más allá de la lingüística, siendo la mencionada antropología de Levi-Strauss y el psicoa- nálisis estructural las dos más reconocidas. He ahí el germen del materialismo lingüísti- co o de las palabras: *moterialismo* (por el término “mot” = “palabra” en francés) como le llamará Jacques Lacan, y es también el germen de su sustento epistemológico: la guerra contra el mentalismo y psicologismo de la conciencia, así como contra el psicoanálisis del yo que interpretaba significados y símbolos inconscientes, sea al modo de Anna Freud, Melanie Klein, o al de la llamada psicología analítica o profunda de Carl Jung. La- can se propondrá estructuralizar la práctica del psicoanálisis de manera de aportar a es- ta un rigor y una científicidad similar a la que los estudios estructurales estaban consi- guiendo en los campos de la fonología, la antropología cultural y otros.

Más allá de lo importante de tal empresa, aquí nos interesa explorar una serie de re- paros que en esos mismos años cincuenta, en la misma época, ya eran introducidos en el propio seno de la lingüística estructural, sin necesidad de apartarse de los planteos de Saussure. Sobre la denuncia a la falta de rigor e ingenuidad de las gramáticas clásicas, sobre la denuncia a las semánticas referenciales que caían en realismos ingenuos (como si las palabras designaran cosas por alguna clase de transparencia representativa), es interesante notar que ya en 1956 el danés Louis Hjelmslev señalaba que la reacción (de tal método estructural) a ello era positivista. Algo que tendió a no decirse.

Se acabó por descubrir que la constancia de los hechos semánticos es una ilusión, y que constituyen un punto de referencia vago y huidizo² (...) Por una reacción positivista contra estos métodos (contra la que estos métodos han reaccionado a su vez) algunos se han aferrado al carácter específico de la expresión, tratando de encontrar en esto un punto de apoyo más sólido y tangible, olvidando que el objeto que se trata de examinar [morfología y gramática] deriva del contenido y no de la expresión de la lengua. (Hjelmslev 1972: 162; el último paréntesis es nuestro)

Como mencionamos, la denuncia a los estudios semánticos se pondrá a cabalgar sobre la crítica específicamente francesa a las ciencias humanas de mediados del Siglo XX, por cuanto estas apelaban frecuentemente a la conciencia o la toma de conciencia de parte de sujetos particulares que elucidarían los fenómenos de su historia (diacronía) en pos de su libertad. Como representante de esta última corriente debemos ubicar a Jean Paul Sartre, contra quien se ha levantado claramente el movimiento estructuralista francés a lo largo de los años sesenta. Tal es así que cuando François Dosse comienza su “Historia del Estructuralismo” se ve obligado a empezar por situarlo como uno de los blancos predilectos de este movimiento³. La nueva corriente parecería oponerse casi dialécticamente a Sartre. En esta, el centro de la escena ya no lo ocupan el humano y su libertad sino los códigos o estructuras sociales (cultura, lengua, etc.) que se imponen contra cualquier libertad y humanidad con toda la fuerza de un *hecho social*, como los que describe la teoría del positivismo sociológico de Émile Durkheim⁴. Ya no se valora la conciencia sino el inconsciente y sus reglas; ya no se trata de atender a la diacronía sino a la sincronía; se ha abandonado la libertad como si fuera una vieja quimera, pero a costa de su opuesto extremo (otra vez). Esta historia podría ampliarse aquí, pero vamos a repasar algunos aspectos del planteo de Saussure que permitan entender la distancia entre él y sus continuadores que forman lo que denominamos un estructuralismo dominante o central (en el sentido de que hay una pluralidad de estructuralismos periféricos, como los de Benveniste o Martinet, que no abordaremos aquí) y que Patrice Maniglier ubica en lo que denomina un *estructuralismo standard*. Debemos decir que según nuestra perspectiva crítica apoyada en la de Hjelmslev y en la de Guattari y Deleuze, autores del *standard* como Jakobson, Lacan y Levi-Strauss no han explicitado que procedieron por reacciones positivistas en lo referente a la materialidad de sus objetos de estudio (las regularidades sonoras de un sistema de la lengua, la estructura signifiante del inconsciente de tal o cual, las prácticas culturales en sus invariantes) ni que se basan en el método del positivismo sociológico.

Lo que sí es explícito es que tendieron cada vez más a buscar refugio en los modelos

² Como mostraremos luego, el danés no deduce de esto que la ciencia deba abandonar a la semántica.

³ Cf. Dosse 2004: 19. El libro dedica su primer capítulo a Sartre y su importancia en dicha coyuntura local.

⁴ Tema trabajado por una amplia variedad de autores. Cf. Dosse (2004: 29, 30 y 43); Voloshinov (2009: 95); Maniglier (2006: 27); Santerre (en Lánteri-Laura y otros 1972: 36).

de las ciencias formales lógico-matemáticas, pero como mostraremos, ello implicó extremar una de las invitaciones epistemológicas formalistas que ya estaban en el propio Ferdinand de Saussure. Por supuesto, utilizando entonces herramientas (modelos topológicos, esquemas, grafos) y un lenguaje lógico-matemático (algebraico, por ejemplo) que no se encontraban en la obra del semiólogo. Incluso, todos los autores estructuralistas que mencionamos en este trabajo y pese a toda disputa posible, han tenido algún apoyo en los métodos de las ciencias formales. Esto no quita que algunos de ellos, al mismo tiempo, hayan acarreado apriorismos idealistas y positivistas, lo veremos. De hecho, el ruso Valentín Voloshinov (2009) ya en 1929 acusaba a los métodos de Saussure de ser un idealismo racionalista que deja de lado las condiciones materiales de existencia del lenguaje al proponer estudiar la lengua como un hecho aislado y abstracto.

Para precisar el punto anterior: debemos decir que las coordenadas epistemológicas y ontológicas de la propuesta de Saussure sitúan su teoría en el compromiso entre dos posiciones claras: por un lado, esa sociología positivista de E. Durkheim que mencionamos; por otro, una crítica al empirismo ingenuo que consideraba que, en la lengua, sólo existen los hechos positivos evidentes, a lo que Saussure propone conceptos como el de *valor*, *sistema*, y otros, que constituyen estructuras explicativas de los fenómenos empíricos (el mundo sensible) y no se confunden con estos. Esto le acerca al idealismo platónico, en el sentido en que se centra en el “orden inteligible” y en la búsqueda de invariantes abstractas (formales, dirán sus sucesores lógico-matemáticos). La fonología y el psicoanálisis estructural no están en desacuerdo con ello, sólo consideran el *valor* como un epifenómeno que, igual que como sucedía con el significado, surgiría cual efecto de la materialidad sonora significante. Pero en Saussure, como en Hjelmslev, no había determinación (y antecendencia) del significado por el significante sino paralelismo y co-presencia.

Si la sociología de Durkheim es un claro ejemplo de ciencia social que será después tomada como bandera anti-humanista y estructuralista (Dosse 2004: 22, 29-31, 43, 51, 199, 210, 224, etc.) es porque concibe que los hechos sociales son más reales que los individuales y explican necesariamente a estos. En Saussure se encuentra esto implicado en la característica que él llama “inmutabilidad del signo” (Saussure 1945: 54, 97-100): no estaría al alcance de ningún hablante modificar el sistema (estructura o código) del idioma que habla. Esta imposición/coerción de la lengua social por sobre los individuos que la hablan será precisamente lo que les interese (e influya) a los autores del estructuralismo central, y sobre la que Voloshinov, Deleuze y Guattari se levantarán. De hecho, es interesante que estas críticas no intentan volver al individualismo y liberalismo del que aquel sociologismo pretendía escapar. Tampoco rechazan algún tipo de inteligibilidad.

Sin embargo, otro aspecto epistemológico de la propuesta de Saussure es el que derivó en una gran distorsión que será aún más importante para nosotros: el suizo había referido que era imposible estudiar científicamente el lenguaje humano por la

heterogeneidad inherente a este⁵, sea la variedad de manifestaciones y soportes materiales, sea la diversidad sensible por la que se manifiesta (signos auditivos, signos visuales, símbolos, etc.), o por el entrelazamiento entre estas distintas modalidades; por ejemplo: es sabido que al hablar hacemos gestos que son otro tipo de signos y que se relacionan con esos que usamos cuando hablamos. Lo que Ferdinand de Saussure creía pasible de ser estudiado bajo el método de constitución de un sistema formal abstracto es no el lenguaje humano sino la *Lengua (langue)*, una lengua o idioma. Lengua independiente de cualquier realidad social, en tanto que se trata de un objeto de estudio recortado y abstraído de ella, constituido por una operación metodológica que aísla lo que se va a estudiar de las situaciones y relaciones concretas en las que se dé a la experiencia. De ahí que se haya derivado de esto un modelo hipotético-deductivo, que luego de la constitución y definición de dicho objeto abstracto de estudio se pondrá a prueba en la experiencia. Esto mismo muestra que la búsqueda de formalización lacaniana por medio de modelos lógico-matemáticos como escritura algebraica, esquemas y grafos no implica un abandono de la lingüística como modelo inspirador para la teoría sobre lo inconsciente sino, al contrario, tirar más aún del hilo saussureano: estudiar objetos formales abstractos, formados necesariamente como estructuras coherentes. Sucede que, se trata de una *Lengua que nadie habla*: dado que lo que se habla (*parole*) no es la lengua (*langue*) que se estudia. Incluso, el psicoanálisis estructural estudia un *Inconsciente que no nos sucede*, puesto que la diacronía de experiencias sensibles de una persona se considera imaginaria (engañosa y yoica) y lo que busca el psicoanálisis estructural es el sujeto del inconsciente en su verdad simbólica-significante y en la estructura sincrónica que le determina a su pesar.

¿Qué estructuralismo?

Lacan aplanó todo optando por una mala lingüística (saussuro-jakobsoniana, cuando en 1946 la cuestión ya era mucho más Hjelmslev, evocado una vez en los *Ecrits*).

Guattari (2019: 185)

Antes de avanzar más, presentemos el esquema que tenemos en mente respecto de los continuadores de Saussure y el estructuralismo. A modo de distinción analítico-metodológica proponemos imaginar que a partir del maestro ginebrino nos topamos con una bifurcación: un camino lleva a Jakobson y de ahí a Lacan, los estructuralismos fon-

⁵ «Mientras que el lenguaje es heterogéneo, la lengua así delimitada es de naturaleza homogénea» (Saussure 1945: 42).

lógico y psicoanalítico o, como Jean Claude Milner denomina a este último, *hiper-estructuralismo* (Maniglier 2010). Sólo cuando nos refiramos a la terna constituida por estos autores y Levi-Strauss, hablaremos del estructuralismo central, dominante o *standard*⁶, como hicimos antes. El otro camino lleva a Hjelmslev (estructuralismo anómalo, glosemático) y de allí se bifurca a su vez entre la semiótica y semántica estructural de Greimas y, por otro lado, el esquizoanálisis de Guattari y Deleuze. La calificación de estos últimos en relación al estructuralismo será discutida hacia el final del texto.

Los tres autores ubicados aquí en el *estructuralismo standard* coinciden entre sí en siete aspectos: a) la búsqueda de elementos y configuraciones invariantes universales (relativas a cada uno de sus objetos de estudio); b) la indistinción técnica entre *langage* y *langue*; c) la afirmación de que las configuraciones (a) podrían reducirse lógicamente a unas pocas de ellas; d) el intento de constituir un estructuralismo materialista; e) el rechazo de cualquier evolucionismo (diacronía) y de los modelos de causalidad biológica lineal; f) el paralelismo socio-lingüístico⁷ o psico-socio-lingüístico aplicado a sus campos de estudio; g) el uso de esquemas lógicos y/o topológicos.

Respecto del otro camino que deriva de Saussure, encontraremos la lectura epistemológicamente advertida de Hjelmslev y el *estructuralismo anómalo* que constituye su propuesta llamada *glosemática*. Si bien él coincide con Levi-Strauss en no perder de vista el carácter metodológico de la noción de Sistema o Estructura (evitando hipostasiarla como hará Lacan), no coinciden en la concepción y orientación científica. Hjelmslev se ve necesitado de posicionarse epistémicamente, y de hacerlo en extenso, antes de formular su propia teoría lingüística (Cf. 1971 y 1972). Sus cauciones epistemológicas le permiten abrazar a la vez una ambición de formalización lógica, como una exigencia para sostener el rigor y la coherencia de su teoría (que se propone como *arbitraria* en relación a lo que estudia, lo que le previene de ontologismos) y un énfasis en los criterios empiristas no ingenuos como los que revelarán la *adecuación* de las elaboraciones teóricas. Esto da lugar a su particular método empírico-deductivo, que intenta resolver los problemas del idealismo hipotético-deductivista y del empirismo inductivista. Exponer esto excede con creces este trabajo, pero volveremos a este autor más adelante. Baste aquí con decir que su *criterio de adecuación* le pone límites explícitos a su *criterio de arbitrariedad* (1971: 28); mientras que este último implica que la teoría no es reflejo natural de lo que estudia sino un artificio construido, el criterio de adecuación empírica viene a evitar que tal construcción devenga una mera «construcción en el aire» (1972: 282), una abstracción

⁶ Maniglier (2006) ubica también a Michel Foucault en el *standard* pero para este análisis ello no sería exacto. Por su parte, Segovia (2024) divide a todo el estructuralismo entre Lacan y Levi-Strauss, ubicando a Guattari más cerca del segundo. Pero esto no permite mostrar bien que no todo el estructuralismo fue Saussureano-Jakobsoniano (como Lacan y Levi-Strauss). De ahí que aquí visibilicemos que Hjelmslev fue muy crítico de Jakobson y toda la fonología estructuralista, en pos de otro tipo de estructuralismo.

⁷ Equivaler de lo social y la lengua (y lo inconsciente). Cf. Haudricourt & Granai (en Greimas & otros 1971: 113 y 118). Los autores toman el término de la Escuela de Chicago, el distribucionalismo conductista.

ilegítima que afirma más que lo que se experimenta y lo que puede experimentarse. Incluso, con ello Hjelmslev no descarta que los hechos semánticos sean construcciones y que estudiarlos implique hacer apreciaciones sobre (otras) esas apreciaciones colectivas que definen las formas de contenido de un sistema de signos cualquiera. Lo que descarta es tanto considerar que el significado sea directamente verificable como un dato positivo (en esto acuerda con el standard), como también rechazar que cualquier construcción y apreciación tenga la misma importancia (nula importancia en el standard) y devenga en especulación metafísica clásica. Así, en 1956 nos decía:

(...) la construcción debe estar edificada sobre un fondo de experiencias sacadas de un sistema teórico de leyes hipotéticas y empíricas fundadas sobre una comparación tan vasta como sea posible, en el dominio de la antropología social y de la lingüística, leyes que enuncian las afinidades (...) entre ciertas formas y ciertas sustancias⁸. Verdaderamente estamos aun lejos de haber establecido tal sistema de leyes; esta disciplina está aún en sus inicios. (*ibid.*)

¿Estructurado como un Lenguaje o como una Lengua?

Demos un paso atrás: el ginebrino diferenciaba *parole*, *langue*, y *langage*. La *parole* es el *habla* concreta como palabra en uso (comunicación entre individuos hecha de mensajes, diría Jakobson), mientras que la *langue* es la Lengua (un sistema abstracto, estructura, código). Por su parte, el *langage* (Lenguaje) como capacidad humana⁹ de expresarse y/o comunicar por medio de signos heterogéneos.

Lamentablemente, *langue* y *langage* han sido utilizados de modo indistinto perdiéndose así su rica distinción técnica y la delimitación epistemológica que implicaban. No es un mero accidente aislado sino una tendencia compartida entre autores francófonos. Al punto que en uno de los lugares donde uno misma buscaría la definición técnica pertinente, en un *Diccionario Enciclopédico de Ciencias del Lenguaje* como el de Oswald Ducrot y Tzvetan Todorov, estos abren su obra explicitando que cuando hablen de *el lenguaje*, se referirán a las lenguas, las llamadas *lenguas naturales* (no porque vengan de la naturaleza sino porque no son inventadas volitivamente, como sí fue el esperanto) o idiomas (2014: 9)¹⁰. Con ello, el estructuralismo dominante se abocó a estudiar el sujeto del inconsciente, las invariantes fonológicas, y las culturas y mitos, utilizando como sinónimos *langage (lenguaje)* y *langue (lengua)*¹¹.

⁸ Nótese el matiz: habla de “ciertas” afinidades que podrían descubrirse. Lejos de hablar de regularidades absolutas y correspondencias universales ya conocidas.

⁹ Deleuze y Guattari (2010) irán más allá de la semiología antrópica para remitir a semióticas post-humanistas. Por ejemplo, al analizar la función de ritornelo en el canto y comportamiento de pájaros.

¹⁰ Diccionarios escritos por G. Mounin, por A. Martinet, y por A. Greimas y J. Courtes, no incurrir en esto.

¹¹ Lo mismo sucede en Lacan, además, con *parole* (palabra, según sus traductores) y discurso, que remiten

Ello implica una serie de hipérboles imprudentes, al invitar a suponer a priori o sobrentender que hay o puede haber estructuras (como las de lengua, según Saussure) en todos lados y al tratar a todo y cualquier sistema de signos como si se comportara igual que *un tipo específico de sistema*, el de *un tipo específico de signos*, los verbales. Y mientras que todo sistema de la lengua es una manifestación de (la facultad del) lenguaje, lo inverso no es cierto. La creencia de que lo verbal y lo estructurado serían el centro y modelo del lenguaje humano bajo el cual podrían estudiarse todos los otros sistemas de signos¹², se presenta a quien investiga como no demostrada, exagerada y reduccionista.

Incluso, entre Jakobson-Lacan se presupone todavía algo más: que la característica determinante de un signo verbal estaría en su aspecto de Expresión significante, mientras que el significado sería el aspecto pasivo y determinado. Recordemos que en la obra del padre de la semiología lingüística el lenguaje no está estructurado y ni siquiera es estructurable, por ser variable y heterogéneo. Él concibe una epistemología de la simplicidad, que le solicita armar sus sistemas buscando conjuntos coherentes de elementos homogéneos. Por otro lado, tampoco se halla en su obra una jerarquización absoluta de un aspecto del signo por sobre el otro, ni el significante por sobre el significado, ni la inversa, aunque Lacan haya entendido y afirmado que Saussure encumbraba el significado.

Hjelmslev, por su lado, tomará la difícil tarea de pensar una Lingüística ya no de la Lengua ni del Habla sino del Lenguaje, para lo cual se requiere concebir que: a) Lengua y Habla, operando bajo criterios excluyentes en Saussure, deberán redefinirse y rearticularse de un modo novedoso (Cf. 1972: 90-106); b) se podría estudiar científicamente aquello que es, de hecho, no-homogéneo y no-estático; c) se excluirán las definiciones metafísicas y aprioristas, sean las que consisten en pronunciarse sobre la naturaleza ontológica de lo estudiado (lo que hace Lacan), las que formulan universales antropológicos extralimitándose en sus conclusiones (lo que hace todo el estructuralismo dominante), dado que ni se han estudiado ni se pueden estudiar todas las variaciones lingüísticas posibles. Cualquier afirmación universal sobre el Lenguaje, su naturaleza, su estructura, es apriorismo o axioma que tiene que poder ser puesto a prueba empírica. Esto no quiere decir negar importancia a cierta inmaterialidad implicada en los sistemas de signos, al contrario, el danés no deja de repetir que lo propiamente estructural es una Forma que no se confunde con la Sustancia material (fónica, escrita, cósica, etc.) pero exige que a cada aseveración sobre una Estructura le corresponda cierta adecuación empírica que la muestre como la mejor hipótesis para esos hechos, la más simple y la más abarcativa a la vez (principio de simplicidad) (1971 y 1972). Tampoco excluye ir «*de lo constatado a lo posible*» (Hjelmslev 1972: 172), como hace cualquier ciencia, o realizar ciertas generali-

a dos ramas distintas y opuestas de la lingüística, lo cual aumenta la ambigüedad de su propuesta.

¹² Cf. Ducrot & Todorov: 110; estos autores amplían allí una cita a Benveniste (que también influyó a Lacan) que hace Guattari en *La Revolución Molecular* (2017: 441). En *Mil Mesetas*, junto a Deleuze, se aludiría críticamente a esto que llaman *imperialismo del lenguaje y del significante* (Cf. 2010: 70 y 145).

zaciones, siempre que estas últimas sean necesariamente aposteriéricas. Confundir lo posible y lo general con lo verdadero y universal (algo que sucede en el standard) no sería científico sino pseudociencia. Y de deslindar eso se trata en este campo de saber.

Incluso, aun cuando todos estos estructuralistas hablen de “lenguaje”, entenderán algo muy distinto entre sí. Sobre la centralidad de las lenguas naturales, Hjelmslev propondrá que, aunque el mayor foco de la lingüística en general esté en estudiar los idiomas y lo verbal, no se debe confundir ese *objeto específico* de estudio (de una teoría) con el *objeto estudiado* realmente (Cf. 1972: 31, 34), que es más amplio y diverso que aquel. Esta otra caución es metodológica y anti-ontologizante en sí. De modo que, aun en el caso de que nos aboquemos a estudiar lenguas, si no podemos distinguir que el objeto realmente estudiado es excedente a lo que buscamos en él (por ejemplo: implica gestos que hacemos mientras hablamos), volvemos a engañarnos y estar muy mal posicionados. Pero volveremos a Hjelmslev.

De los tres estructuralistas del *standard*, es Lacan el que hará una torsión ontológica condensada en célebres axiomas. De todo ellos, el que más nos interesa aquí, dice: «(...) el inconsciente es el discurso del Otro, es mi fórmula. *Él está estructurado* como un lenguaje» (2012: 241)¹³. Allí, en esa fórmula, la operación antrópica que crea tales estructuras (lo que aportaba la indicación de Saussure) ha sido suprimida. Ya no se habla de constituir una estructura sino de seguir la doctrina del axioma: la realidad está preestablecidamente estructurada, sin nosotros. Seguramente tal grado de certeza sea tranquilizador frente a la vorágine polívoca de los signos. Este estructuralismo psicoanalítico se demuestra como un estructuralismo extremo o *hiper-estructuralismo*; no sólo parece implicar una lectura platónica de la semiología (buscar Ideas verdaderas, eternas e inmutables, la homogeneidad y regularidad formal de la Estructura) sino que la lleva más allá de sus límites metodológicos, utilizándola como una ontología naturalizada (o al menos, sin desprenderse de algo así)¹⁴. Así, se borró lo más delicado que había planteado Saussure: que el Sistema o la Estructura serían no dados sino humanamente producidos como artificios metodológicos. Por debajo de la mesa se nos deslizan *a priori* idealistas ontológicos y epistemológicos¹⁵, puesto que la *Estructura* sería una especie de

¹³ Sus otros axiomas doctrinales son también juicios de existencia ontológicos: “El deseo es el deseo del Otro”, “no hay relación sexual”, “la mujer no existe”, “no hay metalenguaje”, y muchos más sobre deseo, angustia, etc.

¹⁴ Seguramente, el desafío de las investigaciones lacanianas actuales sea elucidar cuánto de esto es ontología naturalizada y cuánto es la propuesta de un método distinto, como argumenta Alfredo Eidelsztein (2012) contra toda la tradición lacaniana. Creemos que su investigación tiene muchos aciertos, pero no vemos posible que la desambiguación de la enseñanza de Lacan sea absoluta: no es todo una cuestión de método porque en el intento de este realizaron aseveraciones constantes sobre lo que ES y no se demuestra explícitamente por qué eso sería así. La formalización lógica en cuestión necesita explicitación exhaustiva (Cf. Hjelmslev 1971: 37) y el método hipotético-deductivo que pretende este autor requiere condiciones de validez que no pueden ser válidas *ex nihilo* (ni siquiera como metodología).

¹⁵ Idéntico destino corrió la afirmación de los formalistas rusos “se puede estudiar una obra literaria o

condición de posibilidad para el conocimiento, aunque por ello incognoscible en sí. Este acercamiento a la estructura recuerda a la indicación que Kant legó a las ciencias modernas: algo trascendental y universal se sustrae de la experiencia empírica o sensible y opera como condición de posibilidad (como las categorías a priori, tiempo y espacio, que permiten conocer cosas en ellas, pero no saber de ellas en sí) así como límite al conocimiento. De aquí lo que nos dice Dosse:

De forma no explícita (...) el basamento de este programa estructuralista está marcado por la filosofía kantiana en su voluntad de vincular todos los sistemas sociales a categorías principales que funcionan como categorías noumenales. El pensamiento está controlado por estas categorías a priori, que se aplican de forma apropiada en las diversas sociedades. Lévi-Strauss toma este aspecto kantiano más de la fonología que de la filosofía. Así, se corresponden término a término la definición de Jakobson del fonema cero (1949) y la de Lévi-Strauss del valor simbólico cero. (Dosse 2004: 47-48)

Esas condiciones de posibilidad en el estructuralismo, en el platonismo y en las ciencias ingenuas, no son experimentadas ni experimentables; en el campo lacaniano se les ha comparado con la metáfora del Big Bang (Cf. Eidelsztein 2012): no podríamos estudiar qué astrofísica y qué química habría dado lugar a las actuales realidades físico-químicas porque el tiempo y el espacio en los que estudiamos a estas y las herramientas mediante las cuales lo hacemos empezaron con aquello (estaríamos, otra vez, encerrados a transitar dentro de una Estructura preformada que no podemos estudiar en su operación de constitución; encierro estructural).

Bien sabemos que el idealismo trascendental de Kant no es susceptible de ser asimilado al idealismo objetivo de Platón o el idealismo absoluto de Hegel, sin embargo, en Lacan encontraremos elementos de todas estas corrientes. Entiéndase: no es nuestra posición decir que Lacan es Kantiano o que es Platónico o Hegeliano si es que por ello se entiende una fidelidad total al sistema conceptual designado en cada uno de esos casos. Más bien decimos que en la formulación nueva que es el psicoanálisis de Lacan coexisten bases ontológicas y epistémicas que provienen de fuentes idealistas incompatibles entre sí. Lacan sólo toma aspectos o elementos locales de cada una, esos que considera útiles para su teoría de la clínica. Incluso, con él sucede como con Saussure, que por momentos se apoya sobre supuestos que comparte con teorías que, por otro lado, critica¹⁶, como dimos a entender con nuestra mención a su positivismo implícito. Este le acerca a los

poética sin atender a la psicología del autor o su contexto socio-histórico" (indicación metodológica) cuando derivó en aseveraciones de existencia: "nada hay fuera del texto", "fuera del texto no hay salvación".

¹⁶ «De los Neogramáticos, a quienes tanto se oponía, arrastró Saussure "la concepción de los cambios fonéticos como fortuitos e involuntarios", "como una serie de perturbaciones y destrucciones ciegas causadas por factores extrínsecos al sistema" (...) Pero el papel de la colectividad es mucho más activo» (Amado Alonso en Saussure 1945: 12).

conductismos, el psicológico y el lingüístico. Estos, en su crítica al mentalismo y el significado mental, y en una orientación epistemo-metodológica, buscaron estudiar un hecho positivo como la conducta humana. En su lugar, Lacan apunta también a hechos tales, pero basados en el material empírico de la palabra (este es, al menos, el modo en que el freudolacanismo tradicional entiende su *mot-erialismo*¹⁷). En ocasiones a aquellos les sucedió como a este: se han deslizado con demasiado entusiasmo hacia afirmaciones ontológicas extremas, como el “no existe la mente” del conductismo clásico.

Frente a los aspectos platónicos y kantianos del estructuralismo francés se erigen las propuestas de Gilles Deleuze y de Michel Foucault: las condiciones de posibilidad no son ni trascendentes ni transcendentales sin experiencia, sino que derivan de otras experiencias reales, sean estas sensible-intensivas, sociohistóricas, institucionales, etc.

Lo dicho respecto de el idealismo objetivo y el trascendental nos permite ahora preguntarnos por la presencia de un elemento particular del idealismo absoluto de Hegel que parece haber fecundado propuestas del estructuralismo dominante. Aquí es importante aclarar que se trata de la recepción francesa del filósofo alemán, por intermediación de Alexander Kojève. Nos referíamos al modo en que, probablemente bajo inspiración dialéctica hegeliana, se ha concebido la noción de diferencia en tanto que oposicional. Esta concepción negativa de la diferencia, en el sentido de que lo diferente sería una negación de lo idéntico, puede encontrarse en el modo en que Jakobson expone sus “oposiciones distintivas”¹⁸: un fonema (o un significante) se define así por ser no-otro, una mesa es una no-silla, un cuchillo es un no-tenedor, etc. Ello implica «el carácter marcadamente discreto y oponible de los rasgos distintivos» (Jakobson & Halle 1980: 38). Ese trae asuntos que nos importan: tal diferencia como oposición admite la observación de que ello requiere, entonces, de elementos discretos (no continuos y no confundidos, que son dos cosas distintas), ya individualizados y externos unos en relación a otros, que luego entrarían en el interjuego dialéctico; pero además no permite hacer lugar a otra concepción de la diferencia. Sobre esto, es sabido que planteará Deleuze las diferencias de diferencias, no de un modelo de lo idéntico, pero podemos ver lo que, antes y ya en terreno lingüístico, discutía Hjelmslev al reclamar un criterio más amplio para concebir la diferencia y al proponer que las diferencias que traza un lingüista no son *exclusiones* engañosas sino *participaciones* (Cf. 1972: 283). Por ejemplo: si opongo dos sustancias de expresión significativa como las palabras “mesa” y “silla” no es porque ellas se excluyan materialmente sino porque puedo entender que *participan* de un conjunto más amplio

¹⁷ De nuevo: Alfredo Eidelsztein tiene otra manera de entender el *mot-erialismo*, una que considera el lenguaje como materia incorporal (no necesariamente empírica). Esto le acerca al positivismo sociológico de Durkheim que considera que los hechos sociales pueden ser “hiper-espirituales” y “simbólicos” (Maniglier 2006: 27, 346).

¹⁸ En el mismísimo Curso de Saussure puede encontrarse un germen de estas ideas, al señalar que el valor de un signo es relacional y se dirime por oposiciones. Sin embargo, estas últimas no estaban limitadas a sonidos.

(lo que él llama una Forma, no un tipo de Sustancia). En este conjunto se incluirían muchos otros elementos de Sustancia de expresión (“comedor” o “cocina”, si se trata de una casa..., etc.). De ahí que agrega:

(...) toda terminología edificada sobre una exclusión lógica es, tomado al pie de la letra, forzosamente aproximativa, y oposiciones como “animado: inanimado”, “personal: no-personal”, “masculino: femenino”, etc., son, sea cual sea desde el punto de vista intensional la significación exacta que se les atribuya, simples oposiciones engañosas que sólo indirectamente corresponden a la realización lingüística. (Hjelmslev 1972: 284)

Debemos señalar ahora algo más en esta crítica a la fonología de Trubetzkoy y Jakobson, que permite comprender mejor su estructuralismo anómalo. Es acerca de la validez de considerar la ausencia, falta o carencia de una categoría como una metodología. Se trata de algo que justamente la fonología le legó a todo el estructuralismo y que ha redundado en la famosa serie de conceptos emparentados, a través de las disciplinas más diversas: el fonema cero (Jakobson), el valor simbólico cero (Levi-Strauss), la casilla vacía o el significante vacío (Lacan), el grado cero de la escritura (Barthes), y más (Dosse 2004: 48, 93). Incluso Deleuze, en su momento de mayor cercanía al estructuralismo, en 1969, había intentado resignificar esta supuesta ausencia como una excedencia, un objeto fugitivo (=X), nómade, que escapa a un lugar fijo. Pero nuestro lingüista danés hace también la crítica epistémica a este respecto, y rechaza la ausencia o carencia mucho antes que Deleuze y Guattari. Aclaración que nos permite entender más y mejor su diferencia con todo el *estructuralismo standard*: «De manera general, no hay nunca ausencia de una categoría en una unidad de sustancia. Nuestro análisis, como se ve, difiere visiblemente del de los que se adhieren a la teoría de los “rasgos distintivos”» (1972: 78). Luego de decir esto, pone ejemplos fonológicos precisamente en lengua rusa, el idioma natal de los padres de la fonología estructural, Trubetzkoy y Jakobson.

Ahora bien, no se reduce todo a la cuestión de si se trata de algo ya estructurado o a estructurar. Si Saussure hablaba de *el* lenguaje y Lacan habla de su objeto de estudio (el inconsciente) como *un* lenguaje, no se trata de un mero error en el artículo. Se puede rastrear allí un desplazamiento conceptual. En principio, se presupondría que el universalismo debería encontrarse del lado del artículo “el” (artículo definido), en tanto que sugeriría pensar en un único modelo de referencia, pero nosotros estamos señalando algo contrario a ello. Sucede que al introducir el artículo indefinido “un”, estos autores invitan a pensar ya no sólo en que cada lenguaje es una estructura (como una lengua en Saussure) sino que además habría tipos de lenguajes, que pueden compararse entre sí pero presentando no reglas propias y distintas sino legalidades o estructuras invariantes, elementos universales que conocerían la fonología en su campo, la

antropología en el suyo, y el psicoanálisis en el suyo (aquí: significantes como el del Otro o el Nombre del Padre, por ejemplo). Esto implica tratar las partes por un todo (homogéneo) que les suponemos.

Consideremos un pivote conceptual muy particular en la obra de Lacan: las tres grandes estructuras clínicas subjetivas, también llamadas del espíritu o de la personalidad (neurosis, psicosis, perversión), no se modifican por el encuentro con su diferencia/alteridad. El circuito de la *parole* y el del deseo implican una suerte de dialéctica intersubjetiva. Así, esas estructuras se las plantea inspiradas en Hegel o en la lectura que A. Kojève hacía de él (quien también marcó a Jakobson): el encuentro de unas palabras con otras, de un argumento con otro, así como el de un deseo con otro, modifica cada una de las partes, lo cual presupone que allí hay diferencias oposicionales no sustancializadas en el sentido aristotélico del término; de otro modo, cada una seguiría siendo lo que es, en esencia. Pero cuando se nos habla de las estructuras clínicas o subjetivas, se subentiende otra lógica, no dialéctica diferencial-oposicional sino identitaria-esencial. Así, si un neurótico obsesivo se relaciona con un psicótico paranoico ninguno de ambos cambiaría de estructura clínica. Estas últimas se inspiran en una nosografía freudiana clásica. Esto le acerca, quíerese o no, a un razonamiento más cercano a Aristóteles cuando este clasifica y organiza los seres como portantes de una *ousía* (sustancia o entidad) característica, ligada a la forma de organización de la materia, según una tipología general. Se trata ahora de *diferencias específicas* (en el sentido de “especie”) que se organizan en una tipología jerárquica: un perro Bulldog no es igual a un Golden Retriever, aunque ambos pertenecen al *género* “perro”, cuyas diferencias específicas-formales con cualquier raza de gato son grandes; aún así, dichos mamíferos se distinguen de cualquier animal de sangre fría, pero tanto estos como aquellos se engloban en otro grupo, Fauna, que se distingue del reino vegetal o la Flora. Este razonamiento, tan útil para las ciencias de la naturaleza y su identificación de los seres existentes, se vuelve peligroso cuando se trata de calificar y clasificar lo que, más bien, trata de los modos de existencia de los seres humanos, algo que en el siglo XIX caía bajo la rúbrica de las ciencias del espíritu y reclamaba su propia legalidad epistemológica. Salvando las distancias y muchos autores en el camino, nuestra hipótesis es que Lacan hereda ese supuesto sin cuestionarlo (¿lo entenderá como una evidencia, o como un supuesto “útil” para la práctica psicoanalítica?). Así, sustancializa las estructuras clínicas (psicosis, neurosis y perversión), pudiendo organizarlas jerárquicamente, dado que la neurosis obsesiva y la histeria pertenecen al tipo neurosis mientras que esquizofrenia y paranoia al de psicosis, y sadismo y masoquismo al de perversión. Habría estructurales elementales de la subjetividad como del parentesco en Levi-Strauss y de la fonética en Jakobson. Estas diferencias específicas y formales permiten una cierta oposición diferencial al ser comparadas conceptualmente, pero no son pasibles de modificación dialéctica en la experiencia real. Estas estructuras se regulan bajo una ley de identificación por características específicas (en la cual se basa el

diagnóstico diferencial de la estructura clínica, a sabiendas de que esta es sincrónica).

No pretendemos decir que esto es una contradicción en la obra de Jacques Lacan. Aunque los modos de razonamiento que utiliza en cada caso sí se contradigan entre sí (Aristóteles contra Hegel), él no puede ser adscrito a ninguna de esas orientaciones previas y formula una nueva configuración conceptual, *sui generis*. Señalamos aquí esta divergencia lacaniana por cuanto encontramos, desde Lacan hasta nuestros días, una hipótesis de los aspectos dialécticos (que son incompatibles con la identidad sustancial, por cuanto enfatizan un devenir pensado como cambio basado en oposiciones) y una omisión de los esencialismos ontológicos, que permanecen como apriorísticos.

El asunto no es simple: Lacan no es un autor a subestimar. Si reparamos en sus aspectos cuestionables aquí es por fines expositivos y en cuidado de la extensión de este trabajo. Habría también que precisar que es Lacan mismo quien habla de las estructuras clínicas como también sometidas a las leyes estructurales del significante. Así, sería este el que generaría lo que sucede en los dos niveles: el movimiento diacrónico y dialéctico (*parole* y deseo, fenómenos abiertos a diferencias oposicionales y variaciones), así como el cierre sincrónico pretendidamente fijo (sustancializado y clasificable, no fenoménico). Recordemos que se le llama significante en Lacan tanto a la manifestación fonológica y material del sistema usado en el ejercicio de la *parole* (hablarle a alguien) como a las leyes estructurales de la organización sincrónica, aunque estas no son materiales en sí, al menos no en el mismo sentido. ¿Debemos entender que de la materialidad significativa de la palabra en diacronía emana misteriosamente un efecto incorpóreo (¿inmaterial?) en sincronía? En ese caso, ¿por qué estos efectos coagularían y serían no-dialectizables? (el “valor” saussureano, dicen los fonólogos, también emanaría de la sustancia significativa pero siendo susceptible de modificarse), ¿por qué no podría cambiarse de estructura subjetiva?, ¿por qué y cómo el mismísimo significante produciría todo esto? En caso que la estructura subjetiva no devenga de la coagulación del significante, podría entenderse que aquella sucede en otro plano estructural, uno no inter-subjetivo, estático y sólo inteligible, distinto del plano (fenoménico) supuestamente estructural y dialéctico del discurso y el deseo. En cualquier caso, hay un inexplicado cambio de nivel y/o de legalidad.

En la obra de Lacan, *significante* se volvió un término comodín, del mismo tipo y uso que *lenguaje* y *estructura*. Se utilizan ambos para hablar de aspectos disímiles. En el camino, se pierde no sólo el vocabulario técnico sino las leyes específicas y diferenciales que diferenciaban lenguaje, lengua y habla, así como significante y significado. Sobre esta duplicidad, podemos coincidir con Paul Ricoeur:

Nada se ha dicho aún sobre esta jerarquía [de los niveles del lenguaje], ya que sólo se han superpuesto dos planos de articulación (...) Hay verdadero cambio de nivel cuando se pasa de las unidades de lengua a la unidad nueva que constituye la frase o el enunciado. *Esta unidad ya no es de lengua, sino de habla o de discurso*. Al cambiar de unidad se cambia también de función, o más bien *se pasa de la estructura a la*

función. (Ricoeur, en Greimas y otros 1971: 80-81; el paréntesis y las cursivas son nuestros)

Si conservamos la distinción técnica, la noción de estructura sirve (como en Saussure) para pensar la lengua en sincronía (¿y la estructura clínica?), mientras que los estudios del habla, el acto de discurso (Benveniste) o de comunicación (Jakobson) han precisado definir la función de la *parole* en su diacronía. Pero no se puede eludir que se cambió de nivel (y legalidad) y que la palabra *estructura* no tolera ser usada para todo sin explicaciones ni consecuencias. Sólo por abuso terminológico se podría hablar de *estructura del discurso* o de *la palabra*¹⁹, y bien haría el lacanismo de plantear, en su lugar, operaciones dialécticas no estructurales. Mientras se indistingan y superpongan un nivel y otro, como si se tratara del mismo dominio epistemológico, los seguidores de Lacan sólo estiran confusiones.

Es cierto que al mismo tiempo que la corriente psicoanalítica lacaniana se reconoce mejor en Hegel que en un esencialismo antiguo, se reconoce mejor en el espejo del materialismo (dialéctico) que en el del idealismo. Sin embargo, ni siquiera en el caso de la experiencia de la palabra y el discurso, que le calificaría de materialismo, se encuentra en Lacan una adhesión a las críticas que el materialismo dialéctico hizo al idealismo saussureano. Incluso sucede lo contrario (¡), Lacan lleva al extremo el *objetivismo formal abstracto*, justo lo que Valentín Voloshinov denunciaba (como idealismo) en la propuesta de Saussure²⁰. Sucede que la crítica del ruso atañe específicamente a cualquier hipóstasis de la estructura, cualquier intento de decir que ella está verdaderamente operando ahí en silencio (cual orden inteligible abstracto), por detrás de lo que observan nuestros sentidos y más allá de la lucha de clases. Mientras que Lacan por su parte sostenía la regla de la neutralidad y abstinencia valorativa del analista (reglas freudianas), siendo este quien señalaría asépticamente (como un muerto, vacío de deseo²¹) juegos de lenguaje verbal, Voloshinov nos grita: la lengua no es neutral, expresa posiciones ideológicas: es la *“arena de la lucha de clases”* (2009: 47). Neutralidad y abstinencia pertenecen a políticas y a ciencias reaccionarias.

Creemos que el materialismo lingüístico-fonológico (Jakobson) y el materialismo psicoanalítico (Lacan), si pueden ser considerados tales es exclusivamente en un nivel metodológico (en psicoanálisis lacaniano: operar con palabras en la experiencia). Sin embargo, su ontología subyacente sería profundamente esencialista, idealista y su epis-

¹⁹ Expresión frecuente en la enseñanza de Lacan. Sólo por poner un ejemplo: en su seminario sobre las psicosis aparecen, al menos, cuatro veces estas expresiones. Cf. Lacan, 2009b: 57, 64, 223, 441.

²⁰ «Saussure (...) es el exponente más destacado del objetivismo abstracto» (Voloshinov 2009: 90).

²¹ «(...) el analista interviene concretamente en la dialéctica del análisis haciéndose el muerto, cadaverizando su posición (...) ya sea por su silencio (...) ya sea anulando su propia resistencia» (Lacan 2009: 405). Y también: «La memoria histórica de la humanidad está repleta de signos ideológicos muertos incapaces de ser arena de confrontación de acentos sociales vivientes» (Voloshinov, 2009: 47).

temología fuertemente *positivística*. Mediante este último término nos referimos a que, aun cuando no se trata de una propuesta entera y decididamente positivista, copia los modos, metodologías, propuestas y enemigos de los positivismos (de las ciencias naturales y de las sociales) sin salir con éxito, creemos, de sus problemas ontológico-epistémicos. Por su parte, el materialismo ligado a Levi-Strauss, requeriría muchos más reparos y precisiones para ser encasillado en afirmaciones tales. Este autor ha dejado por sentado su concepción metodológica de la estructura, es cierto, aunque también se haya visto encantado por la búsqueda de universales ligados a determinaciones biológicas-cerebrales²² (al igual que Chomsky²³, aunque salvando las distancias), siendo este el punto en el que su materialismo se vuelve biologicista y su postura más cuestionable.

En relación a esta línea estructuralista que deriva de Saussure, hay al menos un punto más que necesitamos señalar. Remite al modo particular en que luego de Saussure se ha entendido la noción de *Inmanencia* en la Semiología y la Semiótica (términos que no son sinónimos), pero también en la filosofía de la ciencia. La propuesta de investigar en inmanencia se puede comenzar a presentar definiéndola como la que propone estudiar *en sí* lo que hay, sin derivarlo de relaciones con dimensiones externas o suplementarias, esto es, trascendentes. Sucede que la manera más extendida de entender ese *en sí* no es la que le interesa a Deleuze ni a Guattari, ni lo que el «spinozista Hjelmslev» (Deleuze & Guattari 2010: 50) entendía por tal. En el estructuralismo francés y en la epistemología más corriente de la época, la invitación a estudiar en inmanencia ha sido entendida como sinónimo de “investigar en su dominio aislado”; por ejemplo: estudiar el lenguaje verbal o una lengua particular sin prestar atención a sus posibles relaciones de referencia o sus contextos socio-históricos. Sólo se pone el foco en las *relaciones internas* del dominio considerado. Un poco como en cierta lógica (por ejemplo, la de Russel y Whitehead) se propuso estudiar las reglas formales por las cuales una proposición puede ser verídica en sí misma, independientemente de si remite a hechos del mundo. Aquellas indicaciones encuentran asidero en Saussure, efectivamente (y en su pedido de constitución de un objeto de estudio homogéneo). Aunque en el ginebrino esto tenía motivos específicos y contextuales (sic): proponer otro modo de estudio lingüístico que no requiera remitirse a otros idiomas, otras épocas, otras sociedades, como hacían la filología y la gramática.

En fin, la inmanencia en los estructuralistas es entendida como indicación metodológica de la necesaria separación de estructuras entre sí o de una estructura a investigar y sus aspectos contextuales. Un ejemplo en el lacanismo, donde cesa de ser una observación sobre la lengua y se la utiliza en el campo de la *parole* (la palabra como comunicación intersubjetiva): no hace falta indagar acerca de si la persona que nos cuenta que fue abusada lo fue de hecho, en la realidad objetiva, sino que se trabajará sobre el discurso

²² Cf. Dosse (2004: 207, 215, 269, 293, 297, 434).

²³ Cf. el innatismo biologicista que él supone como evidente en la adquisición de (la facultad) del lenguaje.

en relación al abuso y sus asociaciones (preguntamos: ¿da igual una cosa que la otra?).

Si prestamos atención, vemos que en este punto se invierten los papeles, al menos si nos situamos desde la perspectiva deleuzo-guattariana. Ocurre una *doble inversión*: si antes decíamos que La Estructura dejó de ser considerada una construcción metodológica humanamente producida para ser considerada como un supuesto ontológico (una pre-organización necesaria de lo real, utilizando este término en el sentido ontológico, no el lacaniano), ahora sucede que respecto de la inmanencia esta deja de ser entendida como ontológica (como en el medioevo) para volverse una indicación metodológica. Deleuze y Guattari señalarán muy bien esta última operación: es la que consiste en decir que la inmanencia es *inmanente a* algo. Un término sería inmanente a su lengua-idioma, una frase al texto completo del que se extrae, un síntoma o un sujeto a la estructura subjetiva considerada, etc. Se trata de lo cerrado sobre sí mismo, una inmanencia-adentro para excluir sus afueras: sirve para ver rápidamente todo lo que no vamos a considerar digno de ser investigado. Hjelmslev tendrá una idea distinta de inmanencia cuando rechaza los estudios lingüísticos trascendentes: no se referirá a recortar un objeto de estudio homogéneo sino a lo contrario: abrazar una lingüística que no reduce lo heterogéneo que estudia (el objeto estudiado *de hecho*) a una homogeneidad puramente intelectual o a un dominio sólo verbal (Cf. 1971: 161), puesto que se ocupa de un objeto que se superpone con el de otras ciencias (lógica, antropología, psicología, etc.), con las que puede colaborar. Así concebida la lingüística, articularía las distintas ciencias (Cf. 1971: 176).

Además, al rechazar las trascendencias apriorísticas, tal inmanencia busca no suponer más que lo que se puede contrastar o lo que emerge como hipótesis operativa y/o susceptible de ser puesta a prueba en cierta experiencia. Con esto, él intentaría evitar que la propia teoría asuma premisas pseudo-científicas innecesarias: por ejemplo, anunciar que se han encontrado universales del lenguaje (fonológicos, por ejemplo) cuando sólo hemos estudiado unas cuantas lenguas europeas, lo que trae el problema metafísico de los universales y el problema político del eurocentrismo (él no usa este término, pero denuncia esto mismo, aunque con argumentos más epistemológicos que políticos; Cf. Hjelmslev 1972: 163-165). Otro apriorismo sería asumir que un plano del lenguaje, por ejemplo, el que se denomina *significante*, es más importante que el otro, el *significado*.

Desde una perspectiva deleuzo-guattariana, la inmanencia no es *inmanente a* algo, sino que es en sí misma y está abierta, es pluralista o heterogénea, es también articuladora. Una idea opuesta a la del estructuralismo lacaniano. En la inspiración spinozista se lo nota: el plano de inmanencia en cuestión es ese donde todas las configuraciones salen de sus cierres sobre sí mismos, dejan de excluir lo que les es diferente por cuanto toda diferencia al infinito en los modos y en los atributos es parte de la misma sustancia única y absoluta que sería el Dios-Naturaleza inmanente. Ahí donde el aristotelismo ubicaba seres cerrados en sus diferencias específicas, y el hegelianismo abría las diferencias al juego de oposición/superación, el spinozismo pone existentes abiertos entre sí (sin necesidad de oposición, de hecho, y sin necesidad de certeza previa, de derecho) y en sí (el

lugar que se ocupa entre lo infinitamente grande que componemos y lo infinitamente pequeño que nos compone). Pluralismo que no separa sino articula, como en el danés.

Hjelmslev y su estructuralismo anómalo

La primacía del significante sobre el significado aparece ya allí imposible de eludir en todo discurso sobre el lenguaje.

Lacan (2009: 438; las cursivas son nuestras)

Cada plano tiene su organización peculiar, es cierto, pero cada plano tiene repercusiones sobre el otro. En el signo lingüístico, el significante y el significado son dos hechos complementarios, intercambiables y exactamente iguales; *sería erróneo atribuir a uno de los planos prioridad respecto al otro*, y querer pretender que uno de los dos planos esté subordinado al otro y no inversamente.

Hjelmslev (1972: 112; las cursivas son nuestras)

Hay otra historia que contar y que empieza también con Saussure, o con posicionarse frente a otro conjunto de propuestas de este, unas que no habían tenido cabida en la asimilación de su Semiología hecha por la fonología y antropología estructural, como luego por el psicoanálisis mencionado.

Se tratará de otros términos, ya no de significado y de significante (palabras demasiado viciadas como para hacerles decir otra cosa) y de otras relaciones entre los mismos (ni correspondencia biunívoca como hay en el Saussure heredado²⁴, ni jerarquía entre estos como se la encuentra en Lacan, cuando el significante comanda y produce el significado), así como alrededor de ellos. Sobre esto volveremos en breve, pero antes es necesario aclarar algo más sobre la mirada particular del danés.

Hjelmslev plantea que los signos suceden como una función que establece una Forma sobre una materia no formada y continua, no subdividida²⁵. Esta última, la llamada *meaning* (en danés), *purport* (en inglés), traducida al castellano como Materia, Sentido (que

²⁴ Biunivocidad sería, por ejemplo, que a un significante le corresponde linealmente un significado y que a ese significado sólo le co-correponde aquel significante. Esta concepción del signo es heredera de teorías medievales, y no resiste un estudio a nivel de la homonimia (homofonía y homografía).

²⁵ El término *Sustancia* en Hjelmslev no tiene la acepción spinozista ni la aristotélica. Tampoco la tienen los términos *Forma* y *Materia*, que podrían engañar a lectores desprevenidos; aun así, estos dos últimos podrían concebirse cerca de la *causa formal* y cierta *causa material* (aunque no empírica necesariamente).

no se debe confundir con ningún significado) o Materia-Sentido, implica una especie de continuidad de lo real no-lingüístico (para ver sucesivos ejemplos en los planos de Expresión y de Contenido: Cf. 1971, Cap. VII). Esta hipótesis del continuo heterogéneo o diferencial, contrasta con la idea de sentido común sobre la noción de *continuo*: en general pensamos que si algo puede ser tal cosa es porque es homogéneo, sin diferencias. Es importante entender que Materia aquí no quiere decir necesariamente lo que acostumbramos entender como material (la sustancia fónica o escrita) y empírico: será lo que la Forma tome como materia prima para formar signos. Trátese de lo pensable antes de que se especifique un pensamiento discreto (diferencia entre Materia y Sustancia del Contenido), o de lo decible o registrable, que puede ser puro ruido o puro trazo (Materia de Expresión) sin que eso todavía tenga un significado o pensamiento definido asociado a ello (esto sería llamado Sustancia de Expresión, puesto que pasó por la Forma).

Bajo un aspecto, se le llama Forma a lo que opera ese proceso de recorte de la Materia amorfa en unidades discretas; es la Forma como la que da formato o hace una formación en red de relaciones ahí donde antes sólo había un continuo de materias no formadas. A su vez, bajo un segundo aspecto, se le denomina también Forma a elementos concretos ya formados que van a ser tomados en un momento de la investigación y que deben ser descompuestos en elementos componentes (Sustancias). El término Sustancia en Hjelmslev designa siempre una manifestación que puede darse en la extensión sensible, la Expresión (sonora, escrita, dibujada, etc.), como en el pensamiento o Contenido.

Si el vínculo entre Forma-Sustancia es de jerarquía y dependencia de la segunda a la primera, no sucede lo mismo en la relación Contenido-Expresión, cuya relación es de: solidaridad o presuposición recíproca de un plano al otro pero sin conformidad específica o correspondencia puntual (sin biunivocidad: alguna expresión presupone algún contenido, no uno específico), isomorfía (las formas que se dan en un plano tendrían cierta equivalencia formal, no empírica, con las que se dan en el otro), y de reversibilidad.

Nota sobre el pensamiento (y lo sonoro) sin subdividir

El caso del pensamiento es muy curioso y refuerza la división de las aguas en las dos corrientes que aquí hemos desplegado desde Saussure, al menos si ponemos frente a frente a Lacan con Hjelmslev. Mientras que para Lacan hay pensamiento porque ya estaría operando un tipo de Expresión material significativa (y porque ya hay algún tipo de Estructura ordenadora), para Hjelmslev primero hay un plano continuo (de Materia no formada, no estructurada) de Contenido²⁶ y luego sobre ese plano material que ocurre en el Pensamiento se van organizando, formando, ordenando, configurando Formas de Contenido que no dependen causalmente de una Sustancia Expresiva (como sucedía en

²⁶ Sucede lo mismo con el plano continuo de las Materias de Expresión.

la propuesta lacaniana). Con el danés, el pensamiento se desmarca del imperialismo del Significante: este último ya no produce, no genera, ni determina al pensamiento que se organiza a su propio modo. Lo curioso es que él muestra que esto, de apariencia tan anti-estructuralista si lo comparamos con la corriente dominante, ya estaba en Saussure:

(...) *nuestro pensamiento* no es más que una masa amorfa e indistinta (...) sin la ayuda de los signos, seríamos incapaces de distinguir dos ideas de manera clara y constante. Considerado *en sí mismo*, *el pensamiento* es como una nebulosa donde nada está necesariamente delimitado. No hay ideas preestablecidas, y nada es distinto antes de la aparición de la lengua. Frente a este reino flotante, ¿ofrecen *los sonidos por sí mismos* entidades circunscriptas de antemano? Tampoco. *La substancia fónica* (= la Materia de Expresión en Hjelmslev) no es más fija ni más rígida; *no es un molde* a cuya forma el pensamiento deba acomodarse necesariamente, sino *una materia plástica* que se divide a su vez en partes distintas para suministrar los significantes que el pensamiento necesita. Podemos, pues, representar el hecho lingüístico en su conjunto, es decir, la lengua, como una serie de *subdivisiones contiguas marcadas a la vez sobre el plano indefinido de las ideas confusas y sobre el no menos indeterminado de los sonidos*. (Saussure, 1945: 136; las cursivas y el paréntesis son nuestros)²⁷

Esto refuerza lo que Amado Alonso decía en su brillante prólogo al famoso *Curso* del ginebrino: «Casi al mismo Saussure podemos acreditar todas las superaciones de sus teorías aquí apuntadas (...)» (Alonso, en Saussure 1945: 22). En esto, además, él coincidiría con Patrice Maniglier. Este nos muestra un Saussure que se plantea un platonismo de la multiplicidad, una “*ontología de la variación*” (2006: 466), que haría que las banderas que asociamos al posestructuralismo podrían haber sido las del estructuralismo desde el comienzo... Sin duda, el problema entre epistemo-metodología y ontología (trátese de la implícita en Lacan o de la otra, la implicada en Saussure según Maniglier) subsiste.

Sobre el Contenido en Deleuze y en Guattari

Aquí no nos hemos ocupado del también importante desplazamiento que Deleuze y Guattari ejercen sobre la noción de Contenido (en obras solistas y compartidas), quizás siguiendo unas indicaciones que le enviara Guattari por carta en 1970, al comentar sobre Hjelmslev que este «Tendría que haber liquidado la significación de los contenidos

²⁷ Hjelmslev se refiere mucho a este fragmento y lo cita explícitamente más de una vez. Cf. Hjelmslev 1971: 76. Allí aclara que según las propias enseñanzas de Saussure no debe entenderse a lo aquí indefinido/indeterminado como si fuera pre-lingüístico, cual origen mítico. Hjelmslev podría coincidir con Lacan en que los humanos no lidiamos con realidades prediscursivas pero le diría a este que (este es el sentido de la cita) lo lingüístico mismo está hecho de elementos no-lingüísticos que no pueden ser obviados y que no están ni antes ni debajo ni atrás de la experiencia de los signos sino en medio de ella.

del espíritu y de la antropología» (Guattari, 2019: 255). Es precisamente eso lo que sucede con la noción de Contenido en los libros *Kafka. Por una literatura menor* y *Mil Mesetas. Capitalismo y Esquizofrenia*: se la presenta depurada de la significación y los significados (que, para ellos, van del lado de la Expresión, reuniéndose con el significante como sucedía con el signo completo saussureano). En *Mil Mesetas*, el Contenido ya no es el pensamiento sino el dominio de las visibilidades foucaultianas, las sensibilidades deleuzianas (intensidades, afectos/afecciones), los cuerpos físicos, medios materiales, cosas y estados de cosas. Contenido se vuelve aquí sinónimo de Agenciamiento Maquínico de Cosas, de Cuerpos y de Deseo. Implica cierta experiencia material neta (separada de lo que pensemos/digamos al respecto, que ahora serían Expresiones).

Con todo, Guattari por su parte no abandonó por completo la noción de Hjelmslev, a la que se referirá como *Contenidos semánticos* (Cf. Guattari 2000: 38, 242, 265), y oscilará entre usar esta y la que realizó con Deleuze, según el asunto que estuviera tratando.

Cierre o apertura

A pesar de algunas apariencias (...) en vez de ser una sobredeterminación del estructuralismo y de su vinculación al significante, la lingüística de Hjelmslev indica su destrucción concertada.

Deleuze y Guattari (1995: 249-250)

En este trabajo, hemos tratado de mostrar que la lingüística de Saussure que posibilitó el famoso estructuralismo francés es también la que, cómo mostró Hjelmslev, contiene los ingredientes para sobrepasar sus límites. La idea de una Materia que no tiene forma, es decir, un continuo sobre el que se producen formas, cuestiona tanto el universalismo (no hay forma que valga para todos ni unas cuantas formas que valgan para todos) como el materialismo positivístico (sic) del estructuralismo standard (que se centra en la manifestación de la Sustancia significante, según Hjelmslev). No se trata de buscar lo amorfo, lo a-territorializado, la aleatoriedad absoluta, el puro acontecimiento como piedras filosofales. Esas intelecciones estarían sesgadas por una comprensión demasiado simplista de lo que podría ser oponerse al estructuralismo standard, y en especial al hiper-estructuralismo de Jacques Lacan. Más bien, sin caer en ningún rechazo a la idea de forma y de estructura, esto permite pensar la variación de las estructuras (o configuraciones), como sostienen Maniglier (2006) y Segovia (2024).

Desde este punto de vista, la crítica al estructuralismo dominante —y en particular a las lecturas de Saussure hechas por Jakobson o Lacan— no implica descartar masivamente sus aportes, sino distinguir cuidadosamente entre lo metodológico y lo ontológico-

co. Las divergencias interpretativas no dependen solo del objeto estudiado, sino del modo en que cada autor explicita (o no) sus supuestos epistemológicos y los términos que figuran en sus definiciones más básicas. Hjelmslev, Maniglier, Segovia y las relecturas de leuzoguattarianas coinciden en señalar que la estructura no debe asumirse como entidad fija y universal, sino como una operación situada que recorta y organiza la materia-sentido (amorfo, plástico) según criterios históricos, sociales y analíticos particulares. Segovia, en especial, reemplazando el término post-estructuralismo por el de alter-estructuralismo (2024) permite prestar cabal atención a lo que ocupó a Guattari en sus últimos doce años de vida: pensar la noción de territorio de un modo no negativo (la subjetividad ocupa territorios, sin implicar quietud alguna), pensar la noción de determinabilidad²⁸, las cuatro dimensiones (no infinitas ni azarosas) de los agenciamientos. Creemos que este Guattari alter-estructuralista que piensa las configuraciones como locales pero estudiables (y operables) está todavía pendiente de ser tenido en cuenta.

De allí que el problema no sea la existencia de configuraciones —estructuras, agenciamientos, etc.— sino cómo las pensamos: como formas dadas, cerradas y determinantes naturalizados que universalmente se presentarían de unas pocas formas conocidas o como operaciones constructivas que sólo pueden ser hechas activamente. Estas *estructuraciones* (procesos dinámicos) son bastante más que *estructuras* invariantes, y cuando aquellas condicionan lo real no lo determinan ni lo hacen para siempre. Aquí intentamos mostrar que una crítica rigurosa al estructuralismo no exige oponerle un post-estructuralismo anti-estructuralista, sino reconfigurar la idea de estructura (o configuración) en términos dinámicos, variables, inmanentes y producidos/productivos. Este desplazamiento permite comprender de otro modo tanto la herencia saussureana como el lugar metodológico de Lacan, Jakobson, Hjelmslev, Deleuze y Guattari dentro del mapa contemporáneo de la semiótica, el psicoanálisis y el esquizoanálisis. Las consecuencias que esto arrojaría para las prácticas analíticas y sociales están aún por desarrollarse.

BIBLIOGRAFÍA

- Deleuze G.; & Guattari, F. (1995). *El Anti-Edipo. Capitalismo y Esquizofrenia*. Barcelona: Paidós.
- Deleuze G.; & Guattari, F. (2010). *Mil Mesetas. Capitalismo y Esquizofrenia*. Madrid: ed. Pre-textos.
- De Saussure, F. (1945). *Curso de Lingüística General*. Buenos Aires: ed. Losada.
- Dosse, F. (2004). *Historia del Estructuralismo. Tomo 1: el campo del signo, 1945-1966*.

²⁸ Carlos Segovia señala que esta noción es mencionada más de noventa veces (!) en las *Cartografías Esquizoanalíticas* (Guattari 2000). Cf. Segovia 2024: 12 y 39.

Madrid: Ed. Akal.

- Ducrot, O., & Todorov, T. (2014). *Diccionario Enciclopédico de las Ciencias del Lenguaje*. Buenos Aires: Siglo XXI ed.
- Eidelsztein, A. (2012). “El origen del sujeto en psicoanálisis. Del Big Bang del lenguaje y el discurso en la causación del sujeto”. *El Rey Está Desnudo. Revista para el Psicoanálisis por Venir*, Número Especial, Año 4, n°5.
- Guattari, F. (2000). *Cartografías esquizoanalíticas*. Buenos Aires: Ed. Manantial.
- Guattari, F. (2017). *La Revolución Molecular*. Madrid: ed. Errata Naturae.
- Guattari, F. (2019). *Escritos para el Anti-Edipo*. Buenos Aires: ed. Cactus.
- Greimas, A., & otros (1971). *Estructuralismo y Lingüística*. Buenos Aires: ed. Nueva Visión.
- Hjelmslev, L. (1971). *Prolegómenos a una teoría del lenguaje*. Madrid: ed. Gredos.
- Hjelmslev, L. (1972). *Ensayos Lingüísticos*. Madrid: ed. Gredos.
- Jakobson, R. (1966). “A la recherche de l’essence du langage”. En Benveniste, E., Chomsky, N., & otros. *Problèmes du langage*. Paris: ed. Gallimard.
- Jakobson, R., & Halle, M. (1980). *Fundamentos del lenguaje*. Madrid: Ed. Ayuso.
- Lacan, J. (2009). *Escritos 1 y 2*. Buenos Aires: Ed. Paidós.
- Lacan, J. (2009b). *Las Psicosis. Seminario 3*. Buenos Aires: Ed. Paidós.
- Lacan, J. (2012). *Otros escritos*. Buenos Aires: Ed. Paidós.
- Lanteri-Laura, G., & otros (1972). *Introducción al estructuralismo*. Buenos Aires: ed. Nueva Visión.
- Maniglier, P. (2006). *La Vie énigmatique des signes. Saussure et la naissance du structuralisme*. París: ed. Léo Scheer.
- Maniglier, P. (2010). “The Structuralist Legacy”. En R. Braidotti (ed.). *After Poststructuralism: Transitions and Transformations*, Vol. 7. Londres: Acumen Publishig, 55-81.
- Segovia, C. (2024). *Guattari beyond Deleuze. Ontology and modal philosophy on Guattari’s major writings*. London: Palgrave Macmillan.
- Voloshinov, V. (2009). *El marxismo y la filosofía del lenguaje. Los principales problemas del método sociológico en la ciencia del lenguaje*. Buenos Aires: Ed. Godot.